

Si un británico hubiera estado allí, aquel mes de enero del setenta y nueve, habría dicho que fue tan lluvioso que cayeron perros y gatos; o chuzos de punta en español. Pero no había ingleses en el Colegio y, salvo contadísimas excepciones, nadie hablaba la lengua de la Pérfida Albión ni parecía interesarle su aprendizaje. Demasiados años sin mirar más allá de los Pirineos, salvo a Perpiñán a ver "El último tango en París" y a un Marlon Brando de vuelta de todo mientras que nosotros íbamos. Que inventen ellos, dijo Unamuno. Pues algo de eso aún coleaba. Y entre parciales y borrascas, el ánimo colegial andaba como encogido. El paraguas, compañero indispensable. Y El Conquero se sentía un ser superior. Si había algo abrigado e impermeable en esos días, era su pelliza. Si invulnerable a los charcos, grandes como lagunas, sus botos de Valverde. Tenía la gente del Colegio -cierta parte- una vinculación con el mundo del campo. Agrónomos y la Veterinaria ligaban al estudiante a la actividad agraria y ganadera. Incluso ETEA llevaba aún una A de agrícola como reminiscencia de sus comienzos. Y los había -muchos- de familia de agricultores. Y los que eran de pueblo tenían una familiaridad natural con las cosas del campo y, casi todos, intereses en él. Sabían-de oír las conversaciones de los adultos, pues eran aún una generación que había escuchado con atención a los de más edad- que los inviernos largos de agua, llenan los pozos, cubren la dehesa de yerba, crían abundante la aceituna del otoño y colman los graneros. Por ventura, la sequía, esa dama de negro enjuta de soles amargos, hacía tiempo que no visitaba nuestra tierra. Y alguna repercusión tenían estas circunstancias meteorológicas en el ánimo de sus progenitores que, a la postre, eran quienes bien intencionados -con frecuencia, en exceso-, apoquinaban el recibo trimestral. Buen año se avecinaba. Quizás no de notas para ellos, pero sí de otra clase de cosecha: la de los dulces días en que la juventud se quita -como un estorbo- el atuendo de la responsabilidad. Al fin de al cabo la presencia del agro no era lejana, y el campo asomaba al final de algunas calles, al fondo de los barrios de Córdoba. Desde el mismo Colegio, al norte y a no más de un tiro de granada, la sierra como muralla, vigía permanente de la ciudad; al sur, como horizonte, la campiña de tierra calma. Miguel Cajjeta, el cervantino, contemplaba en lontananza, tras la cristalera del bar, las lomas de fértiles fanegas de labor -el cereal

verdeando- empapadas de lluvia pertinaz, y sentenciaba: *Cuando llegue junio y esos cerros granen, rediós, ¡cuántos vagones de trigo van a escupir!* Luego pedía una copa de Carta Blanca y la imaginación se le iba a los resecos suelos murcianos. Y a otros sitios.

La atmósfera colegial la trazaban varios hemisferios que atañían a diversas naturalezas. Cosas de la condición humana. El femenino y el masculino. El primero, en componentes, no mucho más que la mitad del segundo. Sexo débil que jugaba con la ventaja de su minoría, pero no por eso abundaban los casos de poliandria. Aunque alguno hubo. Derecha e izquierda. De forma radical sólo aplicable a ciertas facciones reducidas. Los de un lado en la órbita de Blas Piñar. Precisamente en las elecciones venideras saldría como único diputado por Fuerza Nueva. Primera y última vez. Y era que España se había vuelto aperturista. Alguno de estos guardaba en su armario la camisa azul joseantoniana. Como una prenda, casi una reliquia, que los llevaba -por suerte sólo con la mente- a tiempos de cara o cruz, en que la sangre hervía por las ideas y que habían conocido en la memoria oral de sus mayores. Del otro, en un plano discreto, los izquierdosos -como se les llamaba-, partidarios de unas consignas, digamos progresistas, que sonaban a modernas y renovadoras frente a la carcunda y lo obsoleto de las primeras. Según ellos, claro. En el medio, una masa apolítica y risueña, ávida de diversión, conservadora por herencia y costumbres, pero que veía que los nuevos tiempos soplaban a favor de conceptos más abiertos y en consecuencia los iba asimilando por el roce con otros compañeros. De facultad, de Colegio, de la calle, de la noche. En algunos, los cambios fueron, cuando poco, llamativos. Como un calcetín que se vuelve del revés. Sarna con gusto no pica. Casi nadie pensaba en una marcha atrás del proceso democrático. La Transición. Así se le conocía. Y quedaba mejor -como más al corriente con los tiempos que se vivían- una leve inclinación a ser de izquierda y a dejarlo caer en la conversación. Y si no de izquierda, al menos liberal en el más amplio sentido. Eso vestía. La moda protege más que la religión, observó Oscar Wilde. La Universidad aún permanecía algo politizada. Pero a menos. Sin embargo, en Madrid, los fachas todavía se atrevían con algún atentado en la Facultad de Derecho. Por aquellos días, en la Escuela de Agrónomos de Córdoba, un candidato a Delegado de Curso, al parecer de ideas pacifistas,

se presentó así -subido en el estrado- ante un aula atiborrada de estudiantes: *Me llamo Mariscal, José Luís Mariscal, pero no tengo nada que ver con el ejército.* Y rió ufano el simplón juego de palabras acorde con el mensaje de su candidatura. Uno de los asistentes le contestó: *Tú no es que no tengas nada que ver con el ejército, tú lo que eres es tonto.*

Los que se marchaban los fines de semana y los que se quedaban. Mayoría estos últimos. Asunto de indudable trascendencia en la vida colegial. Los planes, las fiestas, las salidas a tomar unas copas, las citas, la jarana correspondiente y todo ese enredo a lo que se llamaba la movida, tenían lugar -mayormente- cuando el viernes tocaba a rebato. Y como dijo Guerra -el político, no el torero-, el que se movía de allí no salía en la foto. Y en esa trapisonda de acontecimientos, sucesos y lugares comunes -fuera y dentro del Colegio- seguía tejiéndose el nudo de la amistad entre ellos. Se reían casi más contándolo que haciéndolo. Y le sacaban punta hasta a una bola de billar. No dejaban títere con cabeza. Y es que habían echado el ancla en las aguas cálidas del Colegio Mayor. Estos los que se quedaban. Los que se iban, lo hacían cuando el viaje se hacía tolerable. Casi tres horas largas de ferrobús a Sevilla era lo menos a despachar. Pero llevadero. Ir más allá, un calvario. Y cambiaban de aires porque preferían su ciudad natal. O porque tenían un novio o una novia esperándolos como agua de mayo. En algunos casos, esos enamoramientos de la pubertad fueron sucumbiendo por consunción como el pabito de una vela. Medias naranjas remolonas a las que les costaba, cada vez más, poner el pie en el estribo del vagón los viernes de sobremesa. En fin, lo de Pitigrilli: El amor es un beso, dos besos, tres besos, cuatro besos, ... tres besos, ... dos besos, ... un beso. Se acabó. De modo que el Colegio y su bulla de fin de semana, en más de una ocasión, contradijeron al refranero español -tan sabio- y tiraron más las dos carretas. Cosa rara. Hágase extensivo el dicho, asimismo, al género femenino. Aunque no rime. Y era que los de larga temporada en el Colegio se sentían ya, por esas fechas de segundo trimestre, como en su domicilio. Su mundo entero gravitaba en torno a él. Peces en el agua.

Los de capital y los de pueblo. El grupo más representativo de los primeros era el de Sevilla. Los sevillanos, como se referían a ellos de forma

algo crítica ciertos colegiales de otras provincias, incluidas las andaluzas. De los dos años anteriores había quedado el rescoldo de la actitud de una pandilla de ellos-ya ausentes- un punto desdeñosa con los demás y sin mucho interés en relacionarse con los que no fueran sus paisanos o de su cuerda. Ni que decir que no todos eran así. Pero hay algún sevillano -sólo el que adolece de un cierto chovinismo-, quizás por su pertenencia a una ciudad -sin duda- más universal que otras, con celebraciones como la Feria o Semana Santa que atraen a personalidades del mundo entero y que le da tanto renombre, que peca de un cierto aire de superioridad -que él piensa justificado- proveniente de una convicción de haber nacido en un lugar incomparable y reconocido así urbi et orbi. Si a este rasgo se mezcla la facilidad adquirida como por ósmosis en su vida diaria -desde pequeños en su ambiente-, en el uso de la guasa, la chacota y la habilidad para zaherir en broma al prójimo, captando pronto sus puntos débiles y ridiculizándolos con sutil ironía, se entiende que sus formas despertaran recelo en el resto de personal de otras partes de España. Esos puyazos intencionados, con su miaja de leche agria, no son -a veces y según la gracia del que los aplique- bien entendidos fuera de la tierra llamada de María Santísima, es decir, Sevilla capital. Como dije, sólo algunos. Pero que creaban fama. En cualquier caso era ya agua pasada de cursos anteriores y no del corriente. Sí ocurría que tendían a marcharse los viernes. No siempre. No todos. Y su implicación en la vida colegial -por tanto- era, hasta cierto punto, limitada. Parada y fonda más que otros. El resto no constituía ningún círculo social geográfico. Todas las regiones -aún no había Comunidades Autónomas- tenían allí su representante. La Universidad no era tan local como hoy y el prestigio de una Facultad o una Escuela-la oferta era reducida- atraía gente de sitios lejanos. De Madrid, de Palma de Mallorca, de Barcelona, Oviedo, Zaragoza, por poner ejemplos. Mucho canario. Y de las capitales andaluzas, sin excepción. Y de otras grandes poblaciones, de Jerez, de Antequera, de Algeciras, de Andujar, de Marbella. Y de muchos pueblos -grandes y pequeños- del territorio nacional, pero especialmente de Andalucía y Extremadura. Tal vez estos últimos -los de pueblo- arribaban a la Córdoba capital, al Colegio Mayor, acusando un punto más el cambio de su terruño, de su pequeña localidad, a la nueva vida universitaria. Y sabían que no traían, entre sus

armas, el aire cosmopolita -a veces, pretendido- del que venía de la ciudad. Sin embargo, el trato cotidiano de todos -como una lluvia fina y continua- había limado a los pocos meses de iniciarse el curso toda esta clase de diferencias. Y el buen trato primaba por encima de opiniones políticas contrarias o de puntos de vista distintos en lo concerniente a costumbres o educación. Desde que entraron, inmersos -casi sin darse cuenta- en una España que, a marchas forzadas, ponía patas arriba sus esquemas -morales, políticos, sociales-, se habían ido haciendo respetuosos con las ideas ajenas a las suyas. Incluso las antagónicas. Esa mezcla de gente diversa transfundía -imperceptible, suave como el latido del corazón en calma- sangre renovada a la arteria de los axiomas previos -algunos inamovibles hasta entonces- que cada uno traía en sus alforjas al llegar a Córdoba. Ese era -la convivencia a jornada completa de gente tan dispar- el mejor servicio que el Colegio Mayor les prestaba.

Había dos salas de televisión. La del Masculino era angosta y oscura -o al menos así estaba siempre- y a los sillones de gomaespuma le llamaban módulos. Su clientela no frecuentaba la del Femenino, más amplia y luminosa con cristalera al césped y sofás tradicionales y comodones. Mucho más sociable. No es que el usuario de la sala del Masculino tendiera a la misoginia, sino que sus relaciones con el elemento femenino del Colegio eran como más lejanas. En algún caso extremo, inexistente. Ensotados en aquel tabuco se sentían a sus anchas sin oídos delicados a los que pudieran herir sus comentarios impregnados de la testosterona propia de la edad. Territorio de uso privativo. La programación entre semana se limitaba al telediario, con despedida y cierre a las cuatro. Por la tarde, nadie veía Estudio 1. Y aunque ya había dos cadenas, por la noche la oferta se ceñía a algo didáctico como "Encuentro con las letras" o "Tribuna de la cultura" que no despertaban precisamente el entusiasmo de aquellos mozos. Sin embargo, la tarde del sábado convocaba mucho personal: los resacosos de la noche anterior, amodorrados como lagartos soñolientos; o los que no tenían otra cosa que hacer y pasaban el rato viendo "Los Ángeles de Charlie" y opinando sobre cuál de las tres protagonistas gozaba de mejor anatomía. Respuesta nada fácil.

Era distinto el ambiente de la Sala del Femenino. Para empezar, era mixto. Tras la cerveza del mediodía en el bar y la comida, aquellas tardes lluviosas mitigaban el cansancio de la nocturnidad del viernes con los asiduos a la sala repanchigados en los sofás. No cabía un alfiler y en la pantalla aparecían -como cada sábado- las aventuras de "Jackie y Nuca", los dos oseznos japoneses del Bosque de Tallac. Sí, eran tiernos, simpáticos, pero quizás no lo más indicado para lo crecido que ya estaban algunos parroquianos. Y algunas. No había más que verlos. Pero era lo que había. Plato único. En cualquier caso, como somnífero ejercían un efecto vigoroso. Las parejitas que con el discurrir del curso se habían ido formando se arrellanaban en aquellos sillones, entrelazaban cariñosas- las manos y dejaban que las peripecias de los ositos nipones cerraran dulcemente sus párpados enamorados. Sonaban monótonas las gotas de lluvia en el exterior y el sopor de la sobremesa televisiva era interrumpido sólo por los comentarios de algunos filibusteros del humor, a esas alturas ya sin rastro de su anterior condición de novatos. Que no se conformaban con el tedio de la pequeña pantalla. El Cheli y Mocín se habían hecho, digamos, populares en el Colegio por méritos propios, por su don de gentes. Y vendían su alma por una carcajada. Quizás, también, la forma más segura de llegar a la almendra del alma femenina -las allí presentes- y su favor. Mientras los dos pequeños plantígrados -alegres- se deslizaban por la nieve en un trineo y la asistencia miraba, como hipnotizada, la pantalla, Golio, uno de aquellos, dejaba caer: *Desde luego, es indudable que esta serie nos ayuda a formarnos como jóvenes universitarios, profundos, comprometidos con la sociedad. ¿Con qué sociedad?*, decía El Cheli, aparentando seriedad. Y respondía Mocín *¡Hombre, será la Real Sociedad, no va a ser el Atlético de Bilbao!* Luego venían otras bromas y comentarios absurdos que eran aceptados de buen grado por unos. No tanto por otros. El libro de los gustos está en blanco. Lograban así arrancar de la modorra general alguna risotada cómplice. Sobre todo las de ellos mismos, aunque también buscaban las de ellas. Al poco, en tanto los dos ositos, juguetones, hacían un muñeco y le ponían una nariz y un gorro, El Cheli volvía a la carga y en voz alta: *¿A que no sabéis con qué va al mercado la osita Nuca?* y contestaba Golio, *¡Con una cesta! ¡Po tríncame ésta!*, saltaba El Cheli. Entonces, una de las sentadas

cerca de la tele, Emilia Gargallo, dijo incómoda, harta, *¡Ya está bien!*, que esto es el Femenino. Y le replicaron *¿Ah, sí? Pues al entrar hemos echao una ojeada y no nos hemos dao cuenta. ¿Tú estás segura? ¿A que llamo a un conserje?* amenazó ella. Pues llama a Fernando que es el más cachondo. Y, además, si le quitas las gafas y le pones un pijama de felpa es como el hermano mayor del oso Jackie y ya no te hace falta ver más la serie. *Tú lo que te comportas es como un maleducao*, increpó Emilia un poco alterada. *¿Qué dices, que yo me coma un mantecao?*, contestó El Cheli. *¡Pero si las Navidades fueron hace ya un mes! ¡Anda ya, que estás más antigua que el hilo negro!* Fue entonces cuando Ramiro Gargallo, su hermano y protector -sentado junto a ella, ejerciendo de carabina- saltó como si un muelle lo hubiese liberado del asiento: *El que se meta con mi hermana es cadáver*, gritó. Desde el fondo de la sala alguien, anónimo, le soltó a bote pronto: *¿Dónde, Ramiro?* el que se meta con tu hermana, *¿Dónde?* Ramiro, colérico, hizo ademán de buscar al deslenguado pero los brazos de dos veteranos le aconsejaron que se calmara y siguiera viendo las andanzas de los ositos, que -sin duda- era algo balsámico contra la iracundia de la que estaba aquejado en ese momento. De todos modos, el honor de su hermana -con su gesto- estaba ya salvado y las aguas -no era la primera vez- volverían a su cauce. El único que hizo una apostilla al rijo asunto fue Miguel Cajjeta, siempre atrevido en sus interpelaciones, al que el tumulto había despertado de su siesta en un butacón. *¡Ramiro, leche, siempre igual, que nadie ha ofendido a tu hermana, hombre! Entérate, vivimos en una comunidad universitaria* -dijo mientras subía y bajaba los brazos con las palmas de las manos extendidas hacia el oyente como si de una prédica se tratase-. *Hay que tener un poco más de cintura y saber encajar alguna chanza propia del ambiente colegial en el que convivimos. ¿No te das cuenta que todo esto da pie a la jjechifla?* Ramiro lo oyó como el que oye llover -que no era ni más ni menos que lo que acaecía- y se acomodó de nuevo junto a Emilia su hermana en aquel sofalito frente a la tele. Luego reburdeó como un toro tras el combate y repitió: *El que le falte a mi hermana es cadáver*. Y como en el soneto de Cervantes, al final, miró de soslayo, fuese y no hubo nada. Luego pusieron "La llamada de las tierras vírgenes", pero ya algunos habían sentido otra llamada, la del bar, la buena compañía y los gintonics a cuarenta pelás. Era

sábado por la tarde, llovía a cántaros, y sin embargo la vida latía exultante en el pulso de los que ocupaban la barra. La atmósfera acogedora del Colegio Mayor se hacía útero tibio que gestaba -y nutría- la criatura en forma de ilusión adolescente que todos -a esa edad- llevaban dentro. Ayudados de un sorbo, intuían la plenitud del deseo al alcance de la mano. En un tiempo que no sabían fugaz. Córdoba, enero del setenta y nueve.

Con afecto a los lectores de la página web del Colegio Mayor. Feliz año nuevo.

El Fiscal Internacional de Santa Mónica.

[ignaciobenju@gmail.com](mailto:ignaciobenju@gmail.com)